

El maestro Le Clézio

El africano / Urania

Jean-Marie Gustave Le Clézio
Traducciones de Juana Bignozzi y Ariel Dilon
Adriana Hidalgo / El Cuenco de Plata
Buenos Aires, 2007
135 y 262 páginas. 12,50 y 20 euros

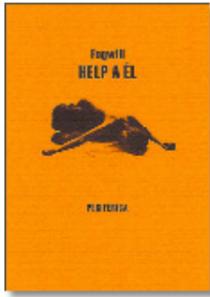
Por Javier Aparicio Maydeu

“¿QUIÉN SOY YO?” es la frase con la que André Breton arranca su novela *Nadja* (1928), cuyas audacias formales, el *collage* fotográfico y su manejo autorreferencial del lenguaje influyeron sobremanera en la obra entera de ese *piccolo genio* llamado Jean-Marie Gustave Le Clézio (Niza, 1940), que en 1963 publica *El atestado* (Cátedra, 1994) con 23 años, la lección de las vanguardias bien aprendida y la prematura fama de epígono de las *náuseas* de Sartre y del *absurdo* de Camus y su diatriba contra los modos de vida del mundo contemporáneo, pues también el desarrai-

gado Adam Pollo, su trasunto y héroe anónimo, enajenado y sin rumbo, se busca a sí mismo en un medio hostil. La apariencia formal de *El atestado* o *El diluvio* (1966) inducía a pensar que seguía los dictámenes del *nouveau roman* de Robbe-Grillet y Butor a lo largo y ancho de sus pesquisas verbales y su obsesión por los objetos y la escrutadora mirada descriptiva, pero bajo la precisión aséptica de su prosa se ha escondido siempre el lirismo, los derroteros del narrador francés no se encaminaban precisamente hacia la deshumanización del arte y, al fin y al cabo, “¿quién soy yo?” es lo que se pregunta una y otra vez Le Clézio a lo largo de una intensa y extensa obra narrativa que se arrellana en la introspección autobiográfica y en un virtuoso manejo de la capacidad expresiva del lenguaje considerado como una de las bellas artes, tal vez la más bella de todas, la de transcribir y enjuiciar el mundo. Su portentosa consciencia lingüística y su creatividad verbal, que a menudo alcanza a ser un proceso muy semejante a la logomaquia, a una suerte de pandemia lingüística —con ejercicios de estilo cercanos a Queneau, metatextos en forma de borradores de los cuadernos escritos por sus protagonistas emulándolo a él, páginas febriles en las que galopa la narración y a vuelta de página exquisitas reflexiones poéticas, una urdimbre de géneros narrativos y visuales—, nacen de

sus lecturas de la vanguardia lúdica, iniciática y conceptual como la obra de Klee que tanto admira, del surrealismo más perceptivo y paranoico y de su devoción por Henri Michaux, con el que comparte la escritura como catarsis, un ejercicio lírico y visionario de las palabras, desligadas de su uso común y empleadas para transmitir impulsos, símbolos y sensaciones, y una intensa observación de la realidad que deviene descripción prodigiosamente plástica y revierte sin remedio en una radiografía de sí mismo confrontado con el mundo que lo rodea, en un intento de reconstrucción de su propia identidad a través del lenguaje y del viaje. Le Clézio se complace en identificar el ser y la palabra o la vida y la escritura, y sus dos últimas obras, *El africano* (2004), crónica autobiográfica que reescribe la misma historia familiar novelada en *Onitsha* (1991), y la espléndida novela *Urania* (2006), traducidas ahora al castellano y emparentadas con *Ecuador* (1929) y *Un bárbaro en Asia* (1932), libros de viaje en los que Michaux ya jugaba a reconocerse en exóticos paisajes, constituyen una narrativa que privilegia las palabras que nos transportan al lugar más que el lugar mismo al que somos trasladados, y que parte de *Desierto* (1980) o *El buscador de oro* (1985), novelas de aventuras iniciáticas nacidas de una biografía familiar, interpretadas por sus ancestros y concebidas como armas lingüísticas esgrimidas en la noble lucha por conquistar la consciencia de uno mismo: “Al escribirlo, lo comprendo”, señala en *El africano*, al escribir, escribiendo, se comprende. Su obra posterior a 1980 reprime sus iniciales audacias formales pero intensifica las críticas a la sociedad de consumo y el universo urbano de máquinas y supermercados, subrayando en sus dos últimas obras la visión opresiva de la sociedad contemporánea que desplegó en *El atestado* comparándola con la vida en el Tercer Mundo, envuelta en naturaleza y vista desde la nostalgia de la inocencia de la infancia. “Hoy existo, viajo y me he

arraigado en varios lugares. Sin embargo, a cada instante me siento traspasado por el tiempo de otra época. No sólo esta memoria de niño, la memoria del tiempo que precedió a mi nacimiento”, escribe en *El africano*, esa preciosa crónica de sus años de infancia vividos en el África negra junto a su padre ignoto, que incorpora las palabras a un intenso recuerdo sensorial pero todavía no verbal, pues “cuando se es niño no se usan palabras (y las palabras no están usadas). En esa época estaba muy lejos de los adjetivos, de los sustantivos”, que emplea ahora para transportar al lector a los olores y el colorido de África donde pronunciaba nombres mágicos entre miradas de insectos. Aquella memoria fijada para siempre en el ejercicio de una escritura iluminadora, autoconsciente y redentora a la vez, le da la mano en *Urania* a la utopía de la invención de un país centroamericano en el que el grandísimo narrador francés disfruta nuevamente, desdoblado en el geógrafo Sillitoe, de la proyección del *yo* sobre la alteridad multicultural y de la errancia por una geografía física que en realidad es geografía humana porque atravesando el paisaje Le Clézio atraviesa su propia identidad. Incorregible trotamundos, de África a México, Le Clézio proclama sin embargo que el espacio más real es siempre el del lenguaje, y el mejor viajero el que mejor verbaliza su experiencia para averiguar quién es él. ●



Help a él

Fogwill
Periférica. Cáceres, 2007
171 páginas. 14,50 euros

NARRATIVA. SORPRENDE QUE HAYAN tardado tanto en llegar a España los que posiblemente sean los tres escritores argentinos más interesantes en este momento: Piglia, Aira y Fogwill. Ninguno de los tres, por cierto, al llegar a nosotros tenían la edad de —pongamos— Messi. De los tres, quizás el menos conocido aún sea Fogwill (para el siglo, Rodolfo Enrique Fogwill, Buenos Aires, 1941: busquen lo que quieran saber en la ‘Presentación del autor’, que antecede al que es su primer libro aparecido en España, *Cantos de marineros en La Pampa* —Mondadori, 1998—: una selección de relatos y una estupenda novela, con la guerra de las Malvinas de fondo, ‘Los pichiciegos’; luego Mondadori publicó otros tres libros más). Ahora la excelente editorial extremeña, que nos está dando, tomo a tomo, otras voces, escritores de la gran mancha en español no muy difundidos a este lado del océano, reúne dos novelitas cortas de Fogwill. La novela corta que da título al conjunto, *Help a él*, homenaje vagamente el célebre relato de Borges —qué cabe esperar entre argentinos— *El Aleph*, con esa hermosa Beatriz Elena Viterbo, perdida entre las brumas del olvido (¿recuerdan el lamento de Borges?: “Beatriz querida, Beatriz perdida para siempre, soy yo, soy Borges”). En el relato de Fogwill será la muerta inolvidada Vera, quien partiendo de mimbres de historia gótica —alucinógenos, estupefacientes— volverá a la vida para tener —o no— con el protagonista una intensa, hermosa y muy explícita noche de locura erótica, a la que evidentemente Borges no se hubiera atrevido nunca a llegar (hay palabras del acto genital tan contundentes y hasta vulgares que tal vez enrojeciesen las mejillas a más de alguna lectora latinoamericana, pues tengo entendido que sienten allí un cierto pudor con algunas palabras). La novela corta es excelente, lo explícito de la narración tiene que ver con la ensoñación alucinógena del protagonista, aunque, a modo de borrón, digamos que chirría un poco una expresión como “tetas chatas”, en fin. Completa el volumen otra muy notable narración, ‘Sobre el arte de la novela’, en la que el protagonista inicia una huida hacia ninguna parte, conduciendo un Porsche, bebiendo sin parar y pagando con esos billetes de millones de pesos que son “papel mojado”. Y como telón de fondo (suele ocurrir en Fogwill) Argentina y sus problemas de diván, siempre presentes, levemente esbozados, sugeridos. **Javier Gofí**



Pura chatarra

Fernando Palazuelos
Lengua de Trapo. Madrid, 2007
156 páginas. 16,50 euros

NARRATIVA. LA RENOVACIÓN URBANA de Bilbao no posee aún su novela. Esta de Fernando Palazuelos (Bilbao, 1965), *Pura chatarra*, surge de la ambivalencia de los novelistas bilbaínos frente a una nueva situación urba-

na, donde las viejas ruinas industriales van a dar paso a diseños urbanísticos. Uno de los últimos planes de renovación se plantea en la península de Zorrotzaurre, donde se sitúa la acción de la novela y lo lleva a cabo la arquitecta Zaha Hadid (1950). Andrés Esquirro, un viejo operario, y en el momento de la acción dueño de una chatarrería inactiva, se empeña en llevar a cabo la construcción de una máquina-escultura, inspirada en los proyectos de las máquinas de movimiento continuo, que sea el símbolo de “otro homenaje al Bilbao industrial de díaño” (página 152), “un homenaje al trabajo y al esfuerzo de muchos, última oportunidad para los deshechos” (página 132).

Palazuelos se pregunta, no sin nostalgia, por las ruinas, por “un rincón para la memoria” en “esa imagen de futuro” (página 153). Y lo hace a través de la descripción eficaz y tierna de un hombre que trabaja por una utopía, construir “arte e imaginación a partir de pura chatarra” (página 132). Esa chatarra sublime es la que a partir de las ruinas hace surgir una nueva mirada hacia el cambio social. Porque Andrés no es sólo un nostálgico, sino alguien que lucha por sus ideales (página 34). Novela basada en un personaje central que recupera la memoria y los viejos artefactos, a la vez que recobra el afecto de sus hijos y el amor de una mujer. Sobre Andrés gira un mundo de personajes divididos entre los burócratas, alienados con el dinero y el progreso, y los artistas: los alumnos de Bellas Artes, su hija escritora. Entre los dos, su hijo Ander sirve de eje, porque es ingeniero, pero aún se sirve de una mirada de niño en el amor a los trenes. **Jon Kortazar**



Guadalajara 2006

Salvador Gutiérrez Solís
Berenice. Córdoba, 2007
236 páginas. 18 euros

NARRATIVA. PERCIBIMOS UNA URGENCIA, aprovechar el filón de politíqueos y chascarrillos proporcionados por la celebración en la Feria del Libro de Guadalajara del año dedicado a Andalucía. Aparece así, muy pegada a la anterior, una nueva entrega de la serie del imaginario y liante personaje llamado Germán Buenaventura, el “novelista malaleche”, que, supuestamente, un transcriptor que interviene con voz propia cuando le parece conveniente para organizar el material caótico que le es entregado. *Guadalajara 2006* es menos divertida que *El batallón de los perdedores*, más previsible y menos arriesgada, aunque conserva considerables dosis de mala uva dirigidas al mundo del libro, los literatos y los editores. Su propósito es mantener el nivel suficiente para contentar a los lectores fieles, aquellos que disfrutan con los dimes y diretes de los agentes literarios y con la proliferación de referencias y malévolas insinuaciones. Además, el autor ha conseguido la colaboración desinteresada de un tropel de autores asistentes a la feria, intensificando así la amalgama entre la realidad y la ficción, característica central de la serie.

Destacan principalmente la parodia de la promoción de un poeta cuando aparece un burro, remedo del de *Platero y yo*, la idea del protagonista de imitar a la llamada generación Nocilla titulado su nueva obra con el nombre de otro producto comercial, Pepsicola, la insistencia con que se recalca que Germán tiene que mantener a su numerosa familia, hijos, mujer y suegra, y cómo en la relación de Germán con su jefe, calco de las películas de gánsteres, se da también la peligrosa relación sexual entre el subordinado y la mujer del jefe. **Lluís Satorras**



Jean-Marie Gustave Le Clézio (Niza, 1940).